

III

El centro de mi ciudad
no tiene nada de centro.
Nace cuando muere el sol
dominado por letreros.
Mientras la gente trabaja
toda la ciudad es centro.
En todas partes se encuentra
el hombre de carne y hueso
a pechazos con la suerte
que siempre tiene algún pero.
El centro de mi ciudad
es hijo de los letreros,
de los trajes bien planchados,
de las corbatas de acero.
La sangre de las vidrieras
corre por la calle al puerto
y en el agua se confunde
con el cristal del espejo.
Calle Corrientes señala
a Calle Córdoba en vuelo:
melenas de rubio trigo
apresado en los pañuelos.

IV

Alemanes, polacos, yugoeslavos...
En tren de agua y en río de metal
llegaron a Rosario
españoles, ingleses, italianos:
a enfrentar sus mundos con el mundo
en horas de trabajo,
a ganar el pan de cada día.
Vieron el cielo azul tan grande como el campo,
tomaron un café y se pelearon
y luego se amigaron.
Gazapo el miedo, gigante la sonrisa,
arrojaron los rótulos gastados:
españoles, ingleses, italianos.
Conocieron las causas de la guerra,
aprendieron el canto de los pájaros,
a deglutir el llanto,
salir corriendo a saltos de alegría
y a la sombra de un árbol
descansar pensando.

V

Vagabundo de la noche,
lento el paso y en el pecho
la luz del farol del barrio
con un tango de los buenos.

Las baldosas, sensitivas,
una a una se durmieron.

El vagabundo las pisa
para oír la voz del eco.

Alas de farra lo impulsan,
con pie de sombra camina,
vagabundo de la noche
sobre las calles dormidas.

Vagabundo de la noche,
calle abajo y calle arriba,
con un tango de los buenos
dejando correr la vida.

En un vaso de cerveza
vuelca su pena escondida,
en diez vasos pone el alma
en trance de estar perdida.

Noche única del sábado,
noche en que todo se olvida.

El barrio duerme a lo potro:
lo mismo que la vecina.

El vagabundo no duerme.
Su borrachera vigila
que la razón no detenga
su alocada fantasía.
Corran las horas sin pena,
mañana será otro día.